



José Guillermo Ros-Zanet, el escritor, el médico, el ciudadano*

POR ELSIE ALVARADO DE RICORD
Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

Recibir como académico de número a un extraordinario poeta, narrador y ensayista, a un magnífico médico, a un ciudadano ejemplar y, en el mismo nivel de excelencias, a un compañero en los proyectos y tareas de nuestra competencia, todos estos en una sola persona, es un triunfo que nuestra casa ha formalizado en esta sesión pública al imponer la investidura académica al Dr. José Guillermo Ros-Zanet.

Nacido en David, pertenece (como uno de los miembros más jóvenes), según el poeta y crítico Aristides Martínez Ortega, a la misma generación literaria de Tristán Solarte, Changmarín, Homero Icaza Sánchez, José de Jesús Martínez, José Franco, Demetrio Fábrega y, con el perdón de la cita, quien les habla.

Con su primer libro, *Poemas fundamentales*, José Guillermo obtuvo el primer premio en la sección de poesía del concurso Ricardo Miró, cuando era apenas un estudiante del Instituto Nacional, en cuyas aulas había merecido honrosas distinciones, como cuando en el concurso Juvenilia, de poesía y cuento, ganó

* Discurso de bienvenida a D. José Guillermo Ros-Zanet como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua, 14 de junio de 1989.

el primero, el segundo y el tercer premio de poesía y el segundo de cuento.

Desde su obra inicial sorprendió su temprana madurez y su manejo recursivo del lenguaje literario. Asimismo, demostró una capacidad que casi no se encuentra en los autores jóvenes y poco es frecuente entre los mayores: la de incursionar con paso firme una gran variedad de temas. Él es, quizá, entre los escritores de su generación, el de mayor riqueza temática. Y no se trata de una simple proporción numérica: es que le saca partido a cada tema. Va descubriendo el alma de las cosas más sencillas, cotidianas, inmediatas y las incorpora al universo poético con una facilidad que parecería natural si no se supiera que en *ella* coadyuvan también su cultura literaria y su disciplina artística. El área de sus lecturas abarca, además de la medicina y la literatura de toda época y lugar, la filosofía, la sicolingüística y la teología, principalmente.

Se inclina a los pequeños objetos circundantes que cobran vida en el ámbito hogareño: contempla, clarividente, a las personas amadas. Deambula por su espacio interior con la misma sabiduría con que recrea la naturaleza y a las criaturas terrestres:

Y venías tan sola,
tan sin nadie,
que me di a caminar
para esperarte.

—*Ceremonial del recuerdo*

Poesía esencial, limpia, tamizada en los filtros de la palabra, la pureza de su mensaje, renuente a la paráfrasis explicativa, penetra sin intermediarios la sensibilidad y la imaginación del lector, con la seguridad que le confiere su alto quilataje.

El hablante discurre por el pasado, el presente y el futuro como por aposentos familiares:

Sé lo que es el recuerdo: es un comienzo,
y es volver a nacer donde hemos muerto.

—*Ceremonial del recuerdo*

Lleva de la mano al lector hasta su intimidad secreta y le brinda hospedaje en su recinto espiritual, con apacible tono:

Esposa bien amada,
aquí comienza el alma.
Porque el amor nos dura;
porque nace el amor como esta casa
cuando nos nace el habla
humildemente pura.
Es apenas la tarde
cuando abrimos a cielo las ventanas
y ocupamos la casa,
y pensamos a Dios
y el hijo nos espera en cada beso,
y es sábado sin sombra en nuestra casa.

El claro ventanal está encendido
y asciende claridad abigarrada.
—*Sin el color del cielo*

Con lente retrovisor enfoca la realidad cósmica desde sus primeros estadios, en la fase genesiaca. Ama la tierra; ama a sus pobladores de los distintos reinos. Conoce las debilidades y las grandezas de los seres humanos.

José Guillermo crea una poesía muy suya, para todos; capaz de decir, en voz baja, las categóricas palabras que soportan el rascacielos de la metafísica, tales como *eternidad, Dios, el espíritu, los valores ideales*, animadas por el aliento poético proveniente de su sensibilidad, su hondura transparente, de serenidad eglógica. Su sentimiento religioso de católico militante es esencial y lleno de un humanismo que defiende el derecho de las personas a una vida digna, con libertad y justicia. Por eso, desde sus días de institutor, se desempeñó como directivo en las asociaciones estudiantiles y participó en las luchas por las reivindicaciones populares. Después fue representante principal de la Facultad de Ciencias Naturales y Farmacia ante la Junta Administrativa de la Universidad de Panamá. Entre otras

responsabilidades asumió la de director de la revista *Voz Universitaria*. Ha sido presidente de la Asociación médica nacional y pertenece al consejo editorial de su *Boletín informativo*, en el que colabora con editoriales y valiosos artículos de interés general.

Así, como un vigía, camina por los accidentados terrenos de la historia con una clarísima conciencia social que, aun sin compromisos partidistas, responde plenamente a ese deber de toda persona, que se conoce como «**solidaridad humana**». Fustiga la injusticia desde el nivel literario, sin desviarse al panfleto. En la oda a *Bolívar, vendaval de la historia*, evoca a el Libertador por antonomasia, desde el escenario local:

Padre muerto Bolívar,
mortal, resucitado
al tercer día
según las escrituras
de la gloria. Inmortal.
Hijo del mundo,
nietecito del indio,
hermano de la gloria,
patriarca de los hondos
linajes de las patrias.
No se aguantan la piedra
en las sandalias
los turbiones del pueblo,
y te nombra la historia
más ganada.

Bolívar y Simón,
Padre y Señor,
ahora y en la hora
de nuestra vida,
ven.

Vamos a levantar
mi patria —memorial—;
a como dé la vida,
a como den los muertos,
a como dé lugar.

Es visible por qué ha ganado cuatro veces el premio nacional Ricardo Miró en este género (y uno en ensayo) amén de premios internacionales: es una poesía luminosa; en esta conviven una ternura casi impúber, que conmueve, y una fuerza que obliga. Y no obstante la profundidad de su temática resulta accesible a todos, por su sencillez expresiva, lograda desde su obra inicial. Esa sencillez que tanto esfuerzo costó al poeta de Moguer y que llegó a construirse en el ideal de la poética juanramoniana. Conjuga así dos virtudes de ascendencia salmantina: hondura y claridad, que la hacen doblemente apetecible para la salud psicológica de los sedientos que, como el poema de Guillermo Valencia, sobre el caldeado mar de arenas de nuestro mundo buscan la fuente de la poesía que refresque las entrañas.

Leeré unas líneas que constituyen todo un homenaje, nada menos que de Tristán Solarte, con referencia a otro de los libros de nuestro autor, el ya citado *Ceremonial del recuerdo*:

Poesía a un tiempo grave y sencilla, profunda y transparente, hoy resulta claro que señaló el final de una etapa de la Vanguardia y el inicio de otra, menos brumosa y lánguida. Circunstancias adversas, vinculadas al destino de Panamá, conspiraron para que no tuviese la divulgación y, por tanto, la resonancia que merecía. De ahí que los poetas que llegaron después no pudiesen aprovechar debidamente sus lecciones y que se viesan en la necesidad, vital y literaria, de encontrar por sí mismos cambios ya descubiertos y explorados por Ros-Zanet.

[...] Aun cuando nos sepamos el poema de memoria, cada vez que lo repetimos —en silencio, en voz baja o en voz alta— debe repetirse también la emoción que su primera lectura nos produjo. No solo *Ceremonial del recuerdo*, toda la obra de Ros-Zanet posee esta misteriosa, inquietante virtud (Panamá, octubre de 1975).

Por su parte, el joven poeta y crítico, Pedro Correa Vásquez, en un comentario escrito sobre nuestro autor, ha dicho: «Creo que no hay mejor libro en nuestra literatura que *Sin el color del cielo*».

Como José Guillermo comenzó desde joven en un nivel muy alto, considero difícil determinar cuál es el mejor de sus poemarios. En mi opinión, que podría sustentarse en circunstancias más oportunas, si eso fuera pertinente, su poesía ha cumplido una línea evolutiva ascendente en cuya cima, como un cráter, la oda a *Bolívar, vendaval de la historia*, domina el panorama.

Ros-Zanet cultiva con pareja maestría otro género literario, que también le ha granjeado premios nacionales: el cuento. La ausencia de una crítica sistemática en un medio culturalmente empobrecido como el nuestro, que carece de las tradicionales páginas literarias que antes tuvieron los más importantes diarios en sus entregas dominicales, los ha relegado a un segundo plano, pero están a la espera de una ocasión propicia para su cabal conocimiento, que, como su poesía, suscitará la admiración pública. Dos libros recogen su aporte a la narrativa: *Li coin* (en lengua guaymí, «el buen maíz»), que fue premio nacional de cuento, y *Las criaturas terrestres*. Son desde todo punto de vista, piezas de antología, que en sus inicios contaron con el aplauso de un narrador de la talla de José María Sánchez y que deben constituir lectura obligatoria para los estudiantes panameños.

Es imprescindible en esta ocasión mencionar también, aunque muy brevemente, su obra de carácter científico. Prestigioso médico pediatra, hijo, a la vez, de un connotado galeno, su preocupación social tiene también el cauce de la literatura médica.

He aquí sus títulos más sobresalientes en sociología médica:

1. *La desnutrición como producto del desequilibrio económico-social de la familia*, 1964;
2. *Integración de servicios médicos: hospital-centro de salud*, 1964;
3. *La educación de «grupos vulnerables»: niños con infecciones entéricas y desnutridos*, 1964;

4. *Desnutrición y anemia. Fundamentos*, premio Nestlé, 1972.

Ensayos:

1. *Sobre la problemática actual de la medicina panameña*, 1972;
2. *La riqueza mental de las poblaciones*, 1975;
3. *Medicina de la persona: un signo de los tiempos*, 1975.

Nuestro colega académico es especialista en medicina de niños, en nutrición y desnutrición humana y en pediatría social.

Sus escritos en defensa de la institución de la familia, hoy tan peligrosamente sacudida por apremios sociales, casi siempre de origen económico, revelan al ciudadano que no solo lucha por la salud, como lo impone la profesión, sino también por la libertad, la justicia, la paz, y asimismo por la integridad de la persona, cuya superación requiere, de manera insoslayable, el respeto a la familia como núcleo de la vida social.

Corresponde recordar que su admirable familia ha realizado el milagro del amor, consagrado hasta en los nombres, que el poeta consigna devotamente, casi como una invocación, en la dedicatoria de cada uno de sus libros. En ese hogar, que gracias a la poesía ha devenido entidad artística, la integridad, la nobleza y el sentido del deber nutren todas las formas del compromiso social. Allí se forjaron tres personalidades que fortalecen el permanente soporte emocional para la completa realización del «no rompido sueño» al que aspiraba fray Luis y que se ha concretado en la vida en plenitud de José Guillermo Ros-Zanet, desde el nuevo sentido que la actual perspectiva involucra.

Su trayectoria vital, limpia y recta suscitó un ponderado juicio del gran intelectual Diógenes de la Rosa, quien expresó que «es una compensación que haya varones como Ros-Zanet» y que «es casi pecado de deshonestidad el callarlo».

Si el esmerado empleo individual del lenguaje, que es de todos, implica una seria responsabilidad social en el orden de la cultura, en el caso de los géneros literarios esta devoción impone una continua vigilia porque el menor desliz puede traicionar la exactitud del mensaje, que en todo momento exige la palabra adecuada al asunto y a la circunstancia.

El autor con talento y sensibilidad, que tiene algo que decir y maneja con destreza la polisemia del lenguaje, puede imprimir al discurso una cualidad propia de las creaciones artísticas, de la cual carece la vida humana: la persistencia, vencedora del tiempo.

En cuanto a la poesía, por su carácter esencial, sintético, exento de andamiaje argumental que ofrece firmes apoyaturas a los otros géneros de ficción, este compromiso significa una amorosa comunión con la palabra, una alianza quizá religiosa, tan profunda y cotidiana como la conyugal, y animada por esa dulce aspiración que es característica de los grandes amores: fecundar el sobretiempos la fugacidad del presente.

Cuando el lector se acerca a una obra poética de Ros-Zanet, donde lo fugitivo cobra, gracias al arte, carácter perenne, y lo que es perdurable alimenta activamente el flujo de nuestro vivir comprende por qué esta poesía, de más de cuatro decenios, no envejece ni se consume, camina al paso de la historia, poseedora de la virtud del arte y de los más sutiles secretos con que el lenguaje la expresa.